

Nadar en la historia: el primer siglo boliviano visto por G.R. Moreno

Swimming Through History: Bolivia's First Century as Seen by G.R. Moreno

*Walter I. Vargas**

RESUMEN

El artículo indaga en la obra histórica de Gabriel René Moreno para detectar sus pilares argumentativos en referencia a la construcción de la nación boliviana. Describe cómo Moreno sigue en sus varias obras los gobiernos militares y civiles del periodo 1825-1880, calificado como pretorianismo, y su posterior desplazamiento hacia un segundo eje articulador, caracterizado por la democratización formal y parcial, en las dos últimas décadas del siglo XIX. En este segundo momento, Moreno desplaza su concentración de la política interna del país a la dimensión continental, cuando el país forma parte de los primeros intentos de organización internacional de los países latinoamericanos.

Palabras clave: Gabriel René Moreno; historia de Bolivia; pretorianismo político; democratización, panamericanismo.

ABSTRACT

The article examines the historical work of Gabriel René Moreno to identify its argumentative pillars in relation to the construction of the Bolivian nation. It describes how, in his various works, Moreno traces the military and civilian governments of the 1825–1880 period –classified as praetorianism– and their subsequent shift toward a second organizing axis, characterized by formal and partial democratization in the last two decades of the nineteenth century. In this second stage, Moreno shifts his focus from the country's internal politics to the continental dimension, when Bolivia became part of the first attempts at international organization among Latin American countries.

* Ensayista independiente boliviano.
Contacto: wvargase@ucb.edu.bo
Orcid: 0009-0005-2662-078X

Keywords: Gabriel René Moreno; History of Bolivia; Political Praetorianism; Democratization; Pan-Americanism.

El movimiento de la historia, su aceleración metropolitana, es lo que se escucha permanentemente como fondo en cada capítulo de *Los últimos días coloniales en el Alto Perú* (1896), reputada como la obra central de Gabriel René Moreno. Ahora que ha pasado lo peor de la tormenta revolucionaria en Francia, sigue la del gran “capitán del siglo” (Moreno, 1896, p. 228), la empresa napoleónica de conquista, que tanto sedujera a Stendhal, a Tolstoi, para la factura de sus grandes novelas. Es la gran guerra mundial en marcha allende el charco y que solo por convención no llamamos la “primera guerra mundial”: encarnación del espíritu objetivo puesto en marcha, que Hegel previera para la modernidad.

Pero Moreno, investigador monotemático del surgimiento de la nacionalidad boliviana, atiende sobre todo al costado, a la conquista de España, en la medida en que abre el camino hacia el nacimiento del país. El desalojo de la Corona española y el consulado fraternal de Napoleón en la península, todo ese trasfondo causal llega a la mediterránea Chuquisaca en forma de noticia ultramarina por un correo que tarda dos meses, echando a hervir, en esa década inicial del siglo XIX, los ingredientes del caldo revolucionario americano y nacional. Incluso, de más cerca, las invasiones inglesas de Buenos Aires; incluso la sugerencia de que la independencia cuajó como forma de escapar de Napoleón, por la huida de la monarquía española hacia “el Janeiro” (p. 419), corroborando, pese a sus juicios decimonónicos, la deriva esencialmente azarosa de la historia.

Todo para mostrar al lector, entre la selva de acontecimientos, el hecho intelectual del silogismo altoperuano. Nudo central de su argumentación histórica, éste adquiere esa estatura precisamente en la medida de la idea-fuerza del Estado-nación que prendería en ese “extremo Occidente” que luego se llamaría América Latina. Así como, mucho después en ese siglo XIX, se dijo célebremente: “hemos construido Italia, ahora debemos construir italianos”, en el “Oxford del Perú” (p. 26), la universidad de San Francisco Xavier, gracias al cóctel de “suelo y sangre” (p. 56), la idea de nación había ido cuajando al ritmo de los acontecimientos. Así que el propósito moreniano es recorrer minuciosamente cómo los pueblos regidos por la Audiencia de Charcas dejaron de sentirse altoperuanos y finalmente pasaron a sentirse bolivianos. Rusia y Francia ya estaban hechas; Bolivia, no (y con ella, claro, tampoco el vecindario, que también comenzaba a organizarse).

Presentado sucintamente así, ese grueso dorso que aprendimos a conocer como un clásico nacional puede quizá apetecer todavía como lectura histórica, o se puede volver sobre él para darle una –quizá– última mirada, ahora que el país ha llegado a los doscientos años. Y si no es así, se puede recurrir al lugar común de clásico que se celebra, pero no se lee. De hecho, *Los últimos días coloniales en el Alto Perú* acaba de reeditarse junto al resto de la obra moreniana, en gruesos siete volúmenes que por fin realizan el reclamo de Medinaceli en los años 30 del pasado siglo.

CONSTRUYENDO NACIÓN DESDE EL ARCHIVO

Si bien asomando con frecuencia al enrevesamiento barroco, la poderosa prosa que logró Moreno y el enorme esfuerzo documental que supuso esa obra ha ido, además, creando una imagen semirromántica de historiador arrebatado, alimentada por una soltería empedernida que lo llevó a dedicarse de por vida a una papelería que quería salvar de la destrucción.

Incluso cabe preguntarse por qué en Moreno la “locura” particular del historiador (entregarse al pasado de manera obsesiva) y la del coleccionista de papeles (bibliotecario insomne), que poseyó sobradamente, no se transformaron en determinado momento en la obsesión propia del novelista, la de esa novela total que es *Guerra y paz*, por ejemplo. Porque ciertamente, su obra maestra de historiador puede recorrerse en largos trechos como una reconstrucción seminovelística del pasado surense, incluso con una densidad verbal que, se ha dicho con justicia, se alimentó plásticamente en su juventud de estudiante.

Sabemos que el propio Moreno sufría y hacia manifiesta esa sensación, expresada en el gesto entre desconsolado y estoico del historiador entregado a un pasado que se intenta recuperar nostálgicamente. En *Los archivos históricos en la capital de Bolivia*, ensayo publicado en 1876, es donde hace más patente esa pulsión investigadora, que va más allá del propósito profesional de la incursión histórica, su vocación de escritor, y adquiere la fisonomía de una afición irrefrenable, cuando con cuatro colaboradores se sumerge en un depósito de papeles “en perfecto estado de putrefacción que exhalaba un hedor insoportable” y del cual “brotaban a millares los insectos roedores” (Moreno, 1876, p. 132), y que a larga, nos cuenta, enfermó a uno de sus colaboradores llevándolo a la muerte.

Pero este rasgo ambiguo no oblitera el carácter edificante de su propósito: la reconstrucción genética de la identidad nacional, su formación definitiva.

Rusia y Francia ya estaban hechas; Bolivia recién nacía. Consecuentemente, Moreno siguió hurgando y ordenando documentación en lo que le quedaba de vida, intrigado por cómo se conformó y consolidó el Estado nacional. En 1905 y 1907 publica la segunda y tercera partes de *Bolivia y Perú. Notas históricas y bibliográficas*, nombre ya extraño y quizá desafortunado, porque, a diferencia de la primera, de 1901, en éstas ya no predomina Perú como nacionalidad adversa y problemática, y sí más bien el proceso de separación de la Argentina. Pero, así como los peruanos de la parte alta distaban mucho de sentirse bolivianos, los ejércitos que incursionaron para auxiliar desde el Sur a la independencia distaban de sentirse argentinos. De ahí el título (*¿Qué porteños aquellos!*) que dio a una larga adición que hizo sobre la actitud argentina ante la batalla de Ayacucho (entre cuyas consecuencias se dio luego la incorporación exitosa de Tarija). Lo mismo cabe decir de una otra adición (*¿de casi 300 páginas!*) con la que termina ese tercer volumen (*Ayacucho en Buenos Aires*). De manera que pudo haber constituido a su vez la segunda parte de *Bolivia y Argentina*, el libro que publicara en 1901.

EL SINO FATAL DEL PRETORIANISMO

Es decir, todo hace ver que mientras investigaba el silogismo y el entramado profuso del origen de la nacionalidad, aprovechaba para inquirir en su consolidación posterior en los primeros años de independencia. Esto se muestra claramente en cómo aprovecha las entrevistas -como todo un periodista- que realizó en 1875 a dos ancianos sucrenses sobrevivientes de la guerra independentista, para investigar, al mismo tiempo, el surgimiento del pretorianismo en 1828, cuando se intenta dar un golpe de Estado a Sucre. El país ya era un niño de tres años y ahora se trata de auscultar cómo se consolidó el Estado-nación en esas primeras décadas republicanas.

Por ejemplo, en “Juan Ramón Muñoz Cabrera. Aventuras de un periodista en cinco países, 1819-1869”, el largo ensayo dedicado a un emigrado argentino que escapando de Rozas había recalado en 1845 en Sucre, cuando se celebraba el cuarto aniversario de la batalla de Ingavi, durante el sexenio de Ballivián. Este rechazo bélico exitoso de la invasión peruana había producido la exaltación del orgullo nacional, al punto de que un biógrafo de Ballivián llegó a hablar de Bolivia como la Prusia de Sudamérica, en alusión a la hegemonía alcanzada por Bismarck en Alemania y Europa desde una posición de desventaja. No era exagerado, si se piensa que una década antes Santa Cruz había promovido y

llevado a cabo durante los años de su administración la asociación binacional boliviano-peruana para imponerse tanto sobre Argentina como sobre Chile.

Pero es un primer impulso de fuerza estatal que Moreno desdena en ese estudio, pues su punto de partida es, más bien, un momento de retracción posterior, después de ese primer impulso hegemónico en el Cono Sur¹; el foco de interés es el comportamiento de la ambición política detrás del caudillo pretoriano. Muñoz Cabrera es un periodista que llevó adelante varios periódicos no solo en Bolivia sino en Argentina y Chile, pero que muy pronto comienza a actuar como político y asesor de políticos, apareciendo como principal colaborador de la “barbarie demoledora” (Moreno, 1901, p. 351) del gobierno de Belzu (1848-1855). Toma así cuerpo la crítica a lo que hoy llamaríamos populismo y su constelación conceptual: el pretorianismo militar, la facción, el espíritu de partido, la empleomanía, el regionalismo (que Moreno prefiere llamar cantonalismo), que retomaría más tarde Alcides Arguedas.

Pero la ocupación central de Moreno con el pretorianismo se dará en su estudio de un momento en el cual Muñoz está ausente producto del exilio: las que llama “matanzas de Yáñez”, durante el gobierno de Achá (1861-1864). Esta simulación de un golpe de Estado para proceder a la masacre de 55 belcistas, una verdadera noche de ronda de asesinos, es analizada minuciosamente por Moreno revisando los múltiples periódicos de la época. En esta revisión detallada de la imposición del brazo armado en la administración del poder, confirma su uso del concepto de pretorianismo, pivote invariable de la anarquía política en el siglo XIX boliviano.

Moreno sostiene que son los pretorianos que actuando y haciendo actuar a una masa ciega y maleable, desarrollan el ir y venir del caudillismo militar. Entramado de un poder ambulante que se sostiene sobre las armas, desespera al historiador porque muestra su musculatura invencible en la sucesión de militares que primero aparecen como ministros o lugartenientes del presidente para luego imponerse como nuevos mandamases que, a su vez, serán asediados por sus colaboradores anteriores. Belzu, Linares y Achá son así nada más la cara visible de “caudillos de segundo orden dividiendo la nación en distintas facciones a cual más encarnizadas unas contra otras” (Moreno, 1886, p. 368). Así terminamos enterándonos que Frías había sido ministro de Achá; Achá de

¹ Pero del militarismo gubernativo de Santa Cruz (1829-1839) se ocupará en los papeles póstumos que dejó; en cuanto a Ballivián (1841-1847), lo hará criticando acerbamente una biografía del vencedor de Ingavi. En ambos casos sostiene que son igualmente mojones del pretorianismo.

Linares y Daza de Frías. O cómo ese caudillismo partidista se expresa con denominaciones temporales (el setembrismo de Linares, por la alusión al mes en que éste había dado su golpe de Estado o la causa de diciembre de Melgarejo) o cromáticos (el rojismo) para disimular el personalismo (el belcismo). Moreno llega a mofarse de este uso al sugerir a los partidarios de Achá que se llamen “achistas” (Moreno, 1886, p. 114).

Todo descrito como una tragicomedia política en la que no es tan fácil distinguir a los dirigentes de los dirigidos: “¿No es verdaderamente curioso ver cómo, en el país del militarismo, la planta del caudillaje germina espontáneamente, así en los cerebros cultivados como entre los baldíos, tanto entre la plebe inconsciente y secuaz como entre los políticos que elaboran la razón de Estado?” (Moreno, 1886, p. 348). Y siempre con la explicación darwinista como fondo.

Hoy resulta difícil y hasta poco apetecible como lectura seguir la urdimbre tupida de detalles, la inextricable red de intrigas y sinuosidades que se entrecruzan en los “grandes hechos políticos”, tal como el que estudia Moreno en su libro. Pero si se lo hace con imaginación, se puede ilustrarlo con alguna escena del siglo xx que resulta más cercana para entender la idiosincrasia del país. En la ronda de golpes y contragolpes de la época prerrevolucionaria del 52, el novelista Arturo Von Vacano hace decir a su personaje: “La primera vez que desperté con el eco de los tiros, yo era un niño y Peñaranda estaba luchando un poco por quedarse en el Palacio Quemado. Después vino el 21. Después el 9. Y en medio de esas dos, que fueron grandes, vino una guerra civil durante la cual un avión de juguete picaba cada mañana a las once para ametrallar el palacio” (Von Vacano, 1972, p. 50)².

Muchos lectores de esa novela en los años 70 y 80 del siglo pasado seguramente no sabían que lo de quemado procede justamente del año 1875, cuando otro militar pretoriano, olvidado porque no coronó sus correrías con la presidencia (Casimiro Corral), quemó con sus huestes el palacio presidencial en su intento por golpear a Tomás Frías, incendio sofocado por Hilarión Daza, defensor en la ocasión de la legalidad, pero poco después golpeador a su vez de Frías. Pero de esos avatares ya no se ocupa Moreno.

² El 21 se refiere al 21 de julio de 1946, cuando colgaron a Gualberto Villarroel. El 9 naturalmente al noveno día del abril revolucionario de 1952. Y la guerra civil a la escaramuza de 1951 que antecedió a la revolución.

Quiero decir que el hecho de que Moreno haya escogido ese momento histórico no se debió a que constituyera un particular clivaje o hito, como se diría hoy, en la historia del país, aunque lo sugiera así en algún lugar, sino a una simple concentración en un objeto de estudio demostrativo de una generalidad: “Para los que de lejos observamos las cosas es un poco inoficioso saber cuál revolución boliviana es más execrable que cuál” (Moreno, 1886, p. 394).

Hay que recordar además que no solo se ocupó de seguir ese octubre de masacre en ese libro, sino que dejó inédito otro dedicado al golpe con el que, unos meses antes, en enero de ese 1861, Achá arrebató el poder a Linares. No publicado en vida, fue descubierto, como se sabe, mucho después por su descendiente en talante de historiador, Gunnar Mendoza, quien le puso un título quizá más moderno: *El golpe de Estado de 1861*, donde de la misma manera Moreno señala que el carácter ingobernable del país no dependía ni de la constitución ni de las elecciones: “¿cuál de nuestros gobiernos provisorios no ha sido dictatorial y cuál de los constitucionales, excepcionando tan solo el del general Sucre, no ha sido despótico?” (Moreno, 1985, p. 32).

Estos dos implacables análisis se pueden enlazar con el ensayo sobre Muñoz Cabrera. Este personaje que reaparece en el país en 1862, después, como se ha dicho, de un largo exilio chileno durante el gobierno de Linares (1857-1861), contribuyendo al gobierno de Achá, y luego como ministro plenipotenciario de Melgarejo en el momento en que se hace el tratado con Chile (1868).

A diferencia de los típicos ensayos semibiográficos que dedicó a curas como Antonio de la Calancha o Felipe Antonio de Iriarte, o doctores como Mariano Alejo Álvarez o Juan José Segovia —en los que el afán retrospectivo otorga cierto aire evocativo y hasta novelesco a sus textos—, o las muchísimas notas de sus *Bibliotecas* —cuya condición de catálogos las vuelve solo documentos de consulta especializada—, en las revisiones analíticas de la prensa política que lleva adelante Moreno en *Las matanzas de Yáñez* y *El golpe de Estado de 1861*, así como en el ensayo sobre Muñoz Cabrera, el elemento de actualidad vertiginosa responde a la impaciencia deprimente que le producía ver que el país no cambiaba: “¿Qué hacer para encarrilar este país desencarrilado por treinta y siete años de trastornos? ¿Por dónde y cómo buscar el sendero legal entre escombros cruzados en todas direcciones por las vías de hecho? ¿Y cuando aquí el caudillo es todo y la ley nada!” (Moreno, 1886, p. 347).

ACERCA DEL RACISMO MORENIANO

Hacer la biografía de un hombre de acción es más fácil que de uno que se ha pasado la vida en un escritorio, compulsando documentos. El único momento de verdadera acción que vivió Moreno fue cuando tuvo que escapar por los techos para no ser linchado por sus compatriotas años después de la guerra del 79. Pero esta no es ni mucho menos una biografía, y solo quiero conjeturar que fue por eso que dejó de estudiar al país en la última parte del siglo XIX, cuando finalmente se consigue legalizar la administración del poder por medio de la democracia y el republicanismo.

En la necrología que dedica al escritor Mariano Terrazas (1878), comenta el arribo final en los años setenta de un atisbo de institucionalización estatal en los gobiernos de Adolfo Ballivián y Tomás Frías, y la formación de un partido –el constitucional– que, así como había provenido del setembrismo, fue la raíz de los 20 años de la formalidad democrática que siguió en los varios gobiernos de antes del fin de siglo. Pero es apenas un comentario que en su estrechez confirma la conjetura. A ello hay que agregar que no haya escrito sobre la guerra civil que interrumpió en 1899 esa legalidad para abrir la era liberal, ya en el nuevo siglo. Salvo para referirse muy de pasada, en una nota a pie de página, a la matanza de sucrenses producida en Ayo Ayo ese mismo año, en el ensayo que dedica a Juan José Segovia, uno de los textos sobre la Colonia incluido en *Bolivia y Argentina*. Lo hace para comparar la violencia indígena de Túpac Katari con la que se produciría muy poco después en la guerra federal que terminó con el traslado de la sede de gobierno a La Paz.

Se necesitaría ciertamente la habilidad y el denuedo literarios de un Flaubert (quien para confeccionar su novela *Salambó* leyó algunos libros sobre los efectos del hambre hasta la muerte) para describir el canibalismo al que se vieron obligados los paceños durante el cerco. Moreno comenta esto en la página 239 de ese ensayo (“pues se vieron aquellos habitantes en la dura necesidad de saciar el hambre con mulas, caballos, perros, gatos, cueros y aun (con qué horror lo imagino) con carne humana”. Y además comprueba que el mismo salvajismo aún perdura en la matanza de Ayo Ayo, subrayando la explicación étnica de esta continuidad. Si no fuera que no es el meollo de este trabajo, se podría plagar este texto de otros lugares donde asoma el célebre e irritante racismo moreniano, así que quizá quepa una interpretación propia.

A fines del siglo XIX, un historiador atribuye el salvajismo al carácter semicivilizado (Moreno, 1901, p. 224) de los indígenas; cien años después el

triunfo de la antropología en la ciencia hace decir a los doctores tan a menudo europeos o norteamericanos que tal o cual acto de barbarie debe ser leído como ritual o milenarismo atávico. Para Moreno era hasta cierto punto obvio que la historia del país arrancaba en 1825, así como para los historiadores actuales hay que estudiar los siglos previos, para indagar en el ingrediente persistente de lo nativo y aborígen. Este relativismo debería permitir juzgar el racismo de Moreno como obligado trasfondo intelectual de su época, y hacer más ecuanímenes a las ideologías nativistas y populistas que lo han condenado imperturbablemente

UN VISIONARIO AMERICANISTA

Si Moreno desatendió la última parte del siglo XIX nacional, en cambio y sugestivamente se volcó a un terreno más continental. Hablo de *La unión americana*, artículo fechado en 1899, antes de que él y el país entraran al siglo XX, donde, después de revisar el desarrollo de los esfuerzos llevados a cabo en América Latina para uniformar el derecho continental, pone significativamente la atención sobre “El temor a potencias de Europa y a una de América” (Moreno, 1905, p. 98), no otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

Claro, síntomas de esto ya habían cundido previamente, marcando precisamente la transición entre la actitud defensiva frente a las ex potencias colonizadoras europeas (la invasión francesa de México y la amenaza española a Chile y Perú en los años sesenta), y el asomo de algo nuevo e inesperado: la república imperial norteamericana. Incluso más atrás, en el origen de los países del Sur, el rápido y precoz adelanto de Estados Unidos había hecho surgir el sentimiento hispanoamericano en el congreso anfictiónico de 1826, después de la emisión del destino manifiesto de Monroe (1823).

Pero hay una sensible distancia entre la necesidad de defender a los países —que ya eran menores— de la amenaza europea, y la intuición moreniana de que la presencia norteamericana era el problema central al lado del retroceso europeo. Se puede quizá razonar que el argumento de la protección de los “hermanos menores” de la Doctrina Monroe fue siempre ideológico. Pero lo definitivamente interesante y moderno en Moreno es el giro hacia un antinorteamericanismo frontal debido a lo que acababa de suceder en Cuba y Filipinas: “El uso que la nación norteamericana está haciendo de la victoria en Cuba, Puerto Rico y Filipinas ha disipado en Hispanoamérica los últimos restos de la estimación y la confianza” (Moreno, 1905, p. 123).

Un posible iberoamericanismo o hispanomericaismo había fracasado con la guerra española contra la independencia cubana. Por otro lado, un latinoamericanismo que incluya a Brasil es para Moreno descartable, por la diferente conformación nacional del vecino del Este y el trasfondo histórico de las rencillas y la lucha intercolonial entre España y Portugal (Moreno, 1905, p. 105). Y, en cualquier caso, estos ismos eran una nomenclatura que por esos años se venía ventilando alrededor del arielismo salpimentado de indigenismo que Rubén Darío hizo célebre en sus versos:

Eres los Estados Unidos
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.
(Darío, 1977, p. 255)

Moreno más bien ataca la postulación de un panamericanismo dirigido desde el Norte. Un poco antes del desplazamiento de España de Cuba y Puerto Rico, en 1890, se realiza en Washington el Congreso Panamericano, donde los delegados del Sur se habían presentado “a través de todas las repletas fábricas, abarrotados almacenes, rebosantes emporios industriales, etc. de la potencia anglo-sajona que hacía los honores de la casa” (Moreno, 1905, p. 121). Sin escapársele la nueva dimensión adquisitiva y comercial de la gran potencia, señala con una claridad que lo coloca casi como precursor del análisis político antimperialista de cuño marxista: “A lo que la gran república aspiraba era ni más ni menos a convertirse en centro productor-surtidor de las repúblicas latinas y a quitar estas consumidoras asiduas a los mercados manufactureros de Europa” (Moreno, 1905, p. 122). A lo que añade páginas más tarde la previsión de que, de no impedirse tal evolución, “en mitad de esa democracia (...) se va a alzar la institución de los ejércitos permanentes de mar y tierra, azote de la democracia republicana y brazo fuerte del cesarismo” (Moreno, 1905, p. 127).

Ahora que la revolución mundial prometida por el marxismo durante todo el siglo xx (sueño que, previsible ironía histórica, amenazó con convertirse a su vez en cierto momento en un imperio socialista ruso) ha desaparecido del horizonte cognitivo, conviene preguntarse si la inquietud de Moreno no fue en buena medida profética, dado que todo el siglo xx fue “americano” (y uso intencionalmente esa suerte de metonimia geopolítica y no la palabra “norteamericano” para resaltar precisamente esa derrota histórica del nacionalismo latinoamericano). Claro, no podía imaginar ciertamente que al

mar y la tierra se sumaría el aire o los drones y la inteligencia artificial. Pero si actualmente se discute si no es ahora que realmente ha llegado el fin del predominio norteamericano en el mundo, da para pensar si en esos orígenes intelectuales de la época de Moreno no estaba ya la esencia de lo que ocurriría quizá ineluctablemente.

Siempre me ha perturbado la extraña predicción de Berkeley que cita Borges en su *Introducción a la literatura norteamericana*: “los imperios, como el sol, van del oriente al occidente, y el mayor y último imperio de la historia, concebida como una tragedia en cinco actos, sería el de América” (Borges, 1967, p. 9). Se ha interpretado que los cuatro actos previos que no aclara Berkeley en su poema serían Asia, Grecia, Roma y Europa. Si es así, Berkeley estaba pensando sin duda en términos ampliamente civilizatorios de una historia milenaria del imperialismo. Pero nuestro Moreno, amparado en la perspectiva del derecho internacional que presuntamente se estaba construyendo, mira hacia los acontecimientos recientes de tres imperios occidentales:

“Hasta aquí tres naciones poderosas de la tierra han tenido el privilegio de interrumpir ese sueño de confianza en el derecho, España, Francia y Estados Unidos. Lo que sucedió no está lejos de nosotros y todos saben que ha pesado sobre las dos primeras la sanción del escarmiento. Quedemos esperando si este ha de caer alguna vez también sobre Estados Unidos” (Moreno, 1905, p. 130).

Si el argumento de Berkeley es muy amplio, el de Moreno parece restringido. Sin embargo, la preponderancia mundial de Estados Unidos, “el siglo americano” que se iniciaba y se derramaría con la globalización y el desarrollo de dos guerras mundiales dan a la prevención moreniana un aspecto de verdadera presciencia. O, lo que es incluso intrigante, que esta visión ominosa del racionalismo humanista encuentre un giro de tuerca en una filosofía de la historia con fundamento en el absurdo.

Así que puede sorprender que termine su ensayo sobre Francisco de Miranda con las siguientes palabras: “Al fin de cuentas, la revolución acabó por hacerse en Venezuela; se hizo por todos, por ninguno y por las cosas del tiempo; se hizo sin Miranda y con Miranda; en una palabra, se hizo a sí misma, soberana y majestuosamente como la revolución de Buenos Aires” (Moreno, 1986, p. 38). Y como la boliviana, desde luego.

Ese párrafo es de 1884, de manera que da para pensar si intuitivamente en ese tiempo Moreno ya entrevió, más allá de su progresismo decimonónico, el *non*

sense de la historia, la marcha inevitable, el progreso desprovisto de ninguna acepción finalista, una teleología cristiana agnóstica que se desarrolla hacia no se sabe dónde. Despertada la razón revolucionaria de su sueño ecuménico, derrotada incluso la posibilidad de un nuevo nacionalismo que hoy llamaríamos tercermundista, solo quedaba la persistencia de la concentración en lo nacional-boliviano.

Se ha hecho célebre la aseveración de Samuel Johnson en sentido de que el nacionalismo es el último refugio de un canalla. Pero esta fórmula se descubre facilonga si se la mira desde la perspectiva del nacionalismo como fatalidad. Moreno no llegó a hacer, ni lo intentó, una “Historia de Bolivia” más sistemática u ordenada al estilo tradicional, como la que hizo Cortés ya en 1861, pero como hemos visto al revisar someramente sus obras, se la puede leer oblicuamente en ellas. Y cuando dejó de atender o avanzar en el estudio de la última parte del siglo XIX, volver su mirada hacia la realidad continental le hizo reafirmar, creo, su condición patriótica. Mas si terminó sus días en 1908, atormentado por el dolor prostático, en Chile, el vecino país americano que había inferido la más grande herida a Bolivia.

Referencias

1. Borges, Jorge Luis (1967). *Introducción a la literatura norteamericana*. Buenos Aires: Columbia.
2. Darío, Rubén (1977). *Poesía*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
3. Moreno, Gabriel René (1876) *Los archivos históricos en la capital de Bolivia*. Revista Chilena tomo VI, Santiago de Chile.
4. ----- (1886). *Matanzas de Yáñez (1861-1862)*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
5. ----- (1896). *Últimos días coloniales en el Alto Perú*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
6. ----- (1901). *Bolivia y Argentina. Notas biográficas y bibliográficas*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
7. ----- (1905) *Bolivia y Perú. Notas históricas y bibliográficas*. Santiago de Chile: Imprenta Barcelona.
8. ----- (1905). *Bolivia y Perú. Más notas históricas y bibliográficas*. Santiago de Chile: Imprenta Barcelona.
9. ----- (1907) *Bolivia y Perú. Nuevas notas históricas y bibliográficas*. Santiago de Chile: Imprenta Huérfanos.

10. ----- (1985). *El golpe de Estado de 1861*. La Paz: Juventud.
11. ----- (1986). *Miranda, según nuevos documentos*. Santa Cruz: Universidad Privada de Santa Cruz.
12. Von Vacano, Arturo (1972). *Sombra de exilio*. La Paz: s.e.